

3-31-2013

Iluminado exilio

Carmen Ana Pont

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Pont, Carmen Ana. 2013. Iluminado exilio. *Revista Surco Sur*, Vol. 3: Iss. 5, 9.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.3.5.3>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol3/iss5/5>

This POESÍA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.



Manuel Olivera Álvarez (MOA), Vibraciones

Iluminado exilio

Alcanzo a ver la luz. Entra repentinamente por la ventana. Se desdobra en su marco y cae allí, en aquella esquina blanda y cálida, refugio vigoroso en estos días incoloros y fríos.

Voy, la luz me toca como una caricia fiel del amado. Me penetra como un viril lirio lento. Doy vueltas con el planeta, para acercarme a él, atravieso años luz. Al margen de las estaciones, un rayo de pájaros se baña en la tierra seca. Saboreo alas con mi necesario simulacro de maullidos sordos.

Pero hoy el mundo exterior que encuaderna esta ventana es secundario. Únicamente me interesa este semicírculo que dibujo en el aire cuando mi espina dorsal se inclina obsesivamente de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Es una rodada por el césped sobre la pendiente verde que llevaba al mar de la vieja ciudad. Desde allí, se relevaban San Juan, el cielo, el mar, el cementerio. Ese placer de dejarse caer cuesta abajo, como hierba, como piedra enroscada en pedazos de papel, de viento y recuerdo. Cuesta abajo retozo de risa con esa claridad extravagante que entra a dejar soles truncos sobre oscuros pasillos, a dibujar silenciosas sombras sobre zaguanes manchados de amapolas.

Pero ya no estoy allá. Aquí sólo domina el gris y la rareza de los visos. Aquí, reclusa, invento el aguacero de fuego y sombra que vendrá a iluminarme manuscrito adentro.

Helado piso de madera, techo blanco y piso. Piso, techo blanco y piso helado de madera. Parqué y techo y otra vez parqué. Ciento ochenta grados dibujo una imaginaria cúpula en el aire y soy una catedral bañada por el sol desde el Este, mi cuerpo es el vitral y el cirio. Mi cuerpo es su rosetón de colores de vidrio. Cada uno de mis poros es su herido y brillante fragmento.

Ya. La llama se apaga y dejo de ser el imán de esta astral película que llega a tiempo para proyectarse sobre el telón de mis vellos. Mis músculos se contraen y sobre mis cuatro columnas he de cargar a este aprendiz de cadáver que es mi cuerpo. Tendré que abandonarlo otra vez a la quietud del ventanal desde donde observaré la conmoción de los descoloridos días en fila y las bandadas aladas que pasan como puñados de hojas, como páginas, como tentáculos de pulpo, abriéndose y cerrándose como mis retráctiles uñas, mis dulces magnolias de aves.

Aquí he de acomodar mi rabo y enroscarlo en el semicírculo de mi voz. He de marcar aquí el nuevo territorio, evocar indefinidamente la cúpula de luz que sostiene la arcada vital de mis felinos huesos.